

## Templanza: la madurez humana del beato Chaminade

*No lo digo movido por la necesidad, porque he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir en la escasez y en la abundancia; estoy acostumbrado a todo y en todo, a la saciedad y al hambre, a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en Aquel que me conforta.* (San Pablo en la carta a los Filipenses, cap. 4, vv. 11-13)

La virtud de la templanza consiste en dominar con la razón y la voluntad las pulsiones y deseos más instintivos del hombre; en este sentido, la templanza es arma poderosa para combatir las pulsiones naturales en los ámbitos de la comida (gula), la sexualidad (lujuria), el dinero (avaricia), la afirmación intransigente de sí mismo (soberbia) y expresión violenta de los propios pensamientos, criterios y palabras (ira), la sensualidad, comodonería e irresponsabilidad en los propios trabajos y obligaciones (pereza) y una visión depreciada de sí mismo que nos hace odiar la vida de otras personas de las que pensamos que poseen lo que a mí no me ha sido dado o reconocido (envidia). En este sentido, la templanza es una virtud sanadora y armonizadora de nuestra personalidad.

*El beato Chaminade fue un hombre templado, en posesión de un admirable dominio de sí mismo.* Entre sus conocidos circulaba la fama “de su austeridad” y de la inalterable serenidad de su rostro. Sin embargo, sabemos que Chaminade era de carácter bilioso e irritable; pero trabajándose el carácter logró adquirir un perfecto dominio de sí. Todos cuantos le conocieron señalan que la dignidad de su persona y de su porte externo brotaba de su propósito de imitar la modestia de Jesucristo y de su estado de oración continua. Por ello a las personas que buscaban su dirección espiritual les recomendaba esforzarse en la ascesis, la abnegación del propio yo, de las manías y vicios adquiridos, para poder –libres de estas debilidades humanas– practicar la oración y hallar la amable voluntad de Dios en todas las cosas.

Todos cuantos le trataron confirman ser grande la *sobriedad del sacerdote Chaminade a la hora de comer*. Por la mañana desayunaba una rebanada de pan con vino, agua y fruta del tiempo; por la noche un plato caliente y un postre; nada de carne. Su criada María Dubour, que estaba a su servicio desde la época

de la Revolución, le preparaba una botella de café para la semana. Solamente en sus últimos años de vida se permitió algunas diferencias en su régimen alimenticio, exigidas por los achaques de la edad: “Si no bajo a comer con la comunidad es por motivo de la dureza de la estación [de invierno] y de algunas diferencias del régimen [alimenticio] que exigen mis enfermedades”, escribe al padre Caillet el 16 de enero de 1846.



**Vista de la multitud de peregrinos presentes en la plaza de San Pedro, en Vaticano, el 3 de septiembre de 2000, en las beatificaciones de los papas Pío IX y Juan XXIII, del obispo Tommaso Reggio, del abad dom Columba Marmion y del padre Chaminade.**

El sacerdote Chaminade se había habituado a la frugalidad durante la clandestinidad del periodo del Terror revolucionario. Luego, durante los tres años de exilio en Zaragoza vivió con gran pobreza, teniendo que hacer trabajos artesanales para vivir. No obstante su austeridad personal, enseñaba que “la penitencia exterior debe ser reglada no solo por las fuerzas corporales, sino por las inspiraciones del Espíritu Santo [...] y esto se asegura en la oración, la

obediencia y la unión con el Sagrado Corazón de Jesús penitente”.

*Su fortaleza en la austeridad y la penitencia era formidable.* A la edad de 65 años el trabajo prolongado hasta las diez de la noche no le parecía motivo suficiente para romper el ayuno cuaresmal y tomar un bocado antes de irse a la cama. *Su capacidad de trabajo y de concentración era increíble.* Resistía hasta altas horas de la noche para responder a la correspondencia y redactar sus múltiples informes, circulares, reglamentos. Para la Causa de beatificación se llegaron a catalogar 1525 cartas, en siete volúmenes; además de las 73 circulares a religiosos y religiosas marianistas, borradores de Constituciones y reglamentos, cuadernos de homilías y conferencias, informes a los obispos y al Nuncio, ...; a la madre Adela de Batz le escribe: “Hace mucho tiempo que me he privado de leer los periódicos; me hago cuenta solamente de lo que necesito saber” (11-III-1818).

Es cierto que *la naturaleza le dotó de una constitución física robusta. No hacía distinción entre el frío y el calor*, vistiendo siempre la misma sotana, gastada pero limpia; jamás llevaba un abrigo, no encendía la chimenea en su habitación, aun cuando era muy friolero. Cada invierno se pillaba un fuerte resfriado; a pesar de lo cual, en las visitas a las comunidades de Alsacia y Franco-Condado no consentía que le instalaran una estufa en su cuarto. En Courtefontaine rechazó una segunda manta para arroparse los pies durante la noche, diciendo: “Guardemos estos cuidados para cuando seamos viejos”, ¡y tenía setenta y cuatro años!

*Solo una costumbre le desagradaba de sí mismo, que esnifaba tabaco en polvo*; parece ser que le había sido aconsejado por el médico para combatir los catarros invernales. Otro hábito debido a sus habituales catarros anuales consistía en llevar consigo durante los meses de invierno un cauterizador para esterilizar las úlceras que le producía la mucosidad de la nariz.

No obstante estas flaquezas físicas, había llegado a un *completo desapego de las cosas de la tierra*, como manifiesta a don Luis Rothéa, SM : “En cuanto a mis gustos personales, encuentro muy pocos en mí mismo, si acaso todavía hay alguno. Todas las habitaciones de la tierra, las más bellas y las más cómodas, me parecen lugares de exilio”. En efecto, siendo “condescendiente con los demás, era duro consigo mismo, sobrio, enemigo de toda

sensualidad. *Practicaba vigílias y ayunos frecuentes. Pero todo era medurado y calculado: en su pose, su caminar, gestos, compostura, palabras.* Siendo muy anciano caminaba muy lentamente porque las uñas de los pies se le clavaban en la carne; pero no se curaba de ello a fin de hacer penitencia.

El sacerdote Chaminade poseía un *gran dominio de sí para contener sus emociones; tanto que tenía fama de impassible.* Cuentan que a la noticia del incendio de la casa de Marast no emitió ninguna queja; al contrario, exclamó: “es necesario servir mejor al buen Dios; servirlo como él quiere ser servido”. El padre José Fabriès, SM, dice que nunca lo vio reír a carcajadas, ni siquiera reír; pero siempre tenía la misma expresión sonriente en la cara, “tal era la calma de un alma siempre señora de sí misma”. En las relaciones con el prójimo *no se irritaba nunca, su lenguaje era medurado,* para no mortificar a nadie.

*¿Cómo concebía la ascesis el beato Chaminade?* En una carta a don Domingo Clouzet, SM, escribe que “la mortificación debe extenderse a todos los actos de nuestra vida; debe ser continua y en todo”. A don Claudio Mouchet, SM, le escribe: “La mortificación debe consistir esencialmente en no seguir ninguna inclinación de la naturaleza corrompida. Dado que la Providencia nos ha impuesto ciertas inclinaciones, no se deje arrastrar por ellas, aunque sean de naturaleza y lo ha ordenado Dios, tales como comer, beber, dormir... Debe mortificarlas privándose de lo que sea excesivo o desarreglado y santificarlas teniéndose ocupado en buenos pensamientos mientras las practica”.

En fin, en posesión de una fuerte voluntad y practicando la mortificación en todo, *el sacerdote Chaminade enseñaba a sus religiosos a ser ascéticos:* A don Domingo Clouzet, SM, le escribe: “Cuanto más trabajo tenga, más debe dominarse; más necesidad tendrá del triple silencio interior que tanto recomiendo a todos; es decir, de la imaginación, del espíritu y de las pasiones” (28-I-1828). Y a la gran comunidad de la obra de Saint Remy, enseña que “observar los cinco silencios es estar ya muy avanzado en la perfección”.

Por ello, cuando predicaba retiros el señor Chaminade explicaba la necesidad para la vida espiritual personal y las ventajas para la comunidad religiosa de practicar la abnegación en la oración, en las penitencias corporales, impuestas por las Constituciones o voluntarias, la abstinencia en los días de ayuno, la mortificación del amor propio, del orgullo, de la vanidad, la abnegación en el

trabajo y en el apostolado, el apartamiento del mundo, necesarios para alejarse de una vida mundana y poder practicar el discernimiento en beneficio de la vida espiritual y del apostolado.

Todas las citas de este artículo están tomadas de las declaraciones de los testigos durante el proceso de beatificación y canonización del Siervo de Dios Guillermo José Chaminade y recogidas en la *Positio super virtutibus*, Roma, 1929. Ver en la Biblioteca digital de la Familia Marianista de España: <https://biblioteca.familiamarianista.es> el libro de Antonio Gascón, *Chaminade, un hombre de Dios. Retrato espiritual*, Madrid, SPM, 2021, pág. 67-73.